

solo sirvieron para acrecentar el envidioso odio de Isabel. El cautiverio de María despues de un juicio en que no habia sido dable declararla culpable, era una monstruosa iniquidad, y por esto Isabel dejó que se consumiera por espacio de veinte años en su prision, y por último firmó el decreto de muerte de aquella misma persona á quien con hipócrita compasion llamaba su hermana querida. Levantóse un cadalso en uno de los salones del castillo de Fortheringay; María subió á él con gran valor, consoló á sus afligidos criados, protestó de su inocencia y perdonó á sus enemigos. El dean de Petersborough pronunció la fórmula ordinaria. «Así perezcan todos los enemigos de la reina Isabel.» Una sola voz respondió *Amen*, entre los sollozos de todos los asistentes.

Isabel tuvo la osadía de aparentar dolor al recibir la noticia de una ejecucion que ella habia ordenado, mas ya estaba conseguido el objeto de su criminal política. Durante la borrascosa minoría de Jacobo VI, la Escocia habia estado casi constantemente sometida al influjo inglés bajo la regencia de Murray, hermano natural de María Stuart, y despues de Lenox, sucesor de Murray que murió asesinado. Llegado Jacobo á la mayor edad y temeroso de aumentar los embarazos de su gobierno accediendo á un rompimiento con la Inglaterra quedóse inerte en vez de salvar á su madre, y nada hizo para vengarla. Esta cobarde condescendencia que manchará para siempre el nombre de Jacobo VI, le hubo de valer un segundo cetro á la muerte de Isabel.

El final del reinado de esta es una no interrumpida serie de prosperidades. En lo interior, nada resistia al poder soberano que la reina constantemente rehusó compartir con otro aceptando la mano de un esposo, á pesar de ofrecérsela muchos príncipes. En lo exterior, su política triunfaba en todas partes. El genio y perseverancia de Isabel elevaron á la mas alta cumbre la pujanza de Inglaterra. Luchó ventajosamente contra Felipe II, cuya armada fué rota por el almirante Drake. Pronto se preparó un ataque muchísimo mas temible: dirigióse hacia las costas de Inglaterra una inmensa flota equipada en los puertos de España para desembarcar un ejército al pié de los muros de Lóndres, mas Isabel ni siquiera tuvo que combatirla: la armada invencible, como la llamaba con orgullo Felipe II, fué destruida por una tempestad; y los navíos

ingleses no tuvieron que haberselas sino con los restos dispersados por el furor de los elementos. Esta catástrofe dió un golpe funesto á la España, cuya pujanza marítima declinó rápidamente, mientras que á Isabel favorecian con sus descubrimientos los viages de Drake, de Cabendish, de Davis y de Raleigh. La Francia, la Holanda y la Rusia solicitaban su alianza; la Europa toda celebraba la gloria de la *bella vestal sentada en el trono de Occidente*.

A pesar de su vasto genio, Isabel cedió al influjo de sus favoritos, y mas de una vez pasiones culpables fueron los principales móviles de su política. Su cruel conducta para con los católicos, y las intrigas de Felipe II escitaron en Irlanda una sublevacion que reprimió Isabel, pero á costa de la vida de su mas querido favorito. El conde de Essex enviado contra los irlandeses, halló á su regreso una poderosa liga formada contra él por muchos señores, é irritado al ver á la reina poco dispuesta á sostenerle, se sublevó contra ella, fué detenido y ajusticiado por orden de Isabel. El suplicio del favorito mandado en un arrebató de cólera, sumió á la reina en una profunda tristeza que la condujo al sepulcro en 1603.

III.

La abdicacion de Cárlos V habia dado á su hijo el reino de Nápoles y de Sicilia, la soberanía de los Paises-Bajos, y la corona de España con todas sus posesiones en las Indias occidentales. El matrimonio de Felipe con María Tudor ponía á su disposicion las fuerzas de Inglaterra, de modo que si bien privado del patrimonio de la casa de Austria, gozaba de un poder colosal. Animado este príncipe de un celo ardiente por la fé católica, al paso que devorado por una ambicion sin límites, dedicó con inaudita perseverancia todas sus riquezas, todos sus ejércitos, todos los ardides de la política, toda la energía de su carácter inflexible, y todos los recursos de su vasto imperio y de su ingenio, á realizar el proyecto de aniquilar en el Occidente á los enemigos de la fé católica, hereges ó musulmanes, y establecer su supremacia sobre todas las naciones de Europa: que era tanto como dar cima á las gigantescas ideas en que se habian estrellado todos los esfuerzos de Cárlos V. Su hijo debia sucumbir en la empresa, pues sublevaba contra la

monarquía española no solo los estados protestantes, sino tambien los reinos católicos cuya independecia amenazaba. Ante todo se proponia mantener en sus estados la unidad religiosa. Despues de la paz de Chateau-Cambresis, regresó á España para salir apenas de su palacio del Escorial, fundado en memoria de la victoria de San Quintin; y luego se dedicó á fijar las reglas constitutivas de la Inquisicion y acrecentar su severidad, mientras que enviaba sus navíos á luchar en el Mediterráneo contra las armadas de los infieles mandadas por el hábil almirante Dragut. Los primeros gérmenes de la heregía fueron estirpados en la Península; mas la reforma habia hecho progresos mucho mas temibles en los Países Bajos.

Estas provincias, desmembradas de los estados de Carlos el Temerario, fueron llevadas en dote por María de Borgoña á Maximiliano de Austria. Aumentadas hasta el número de diez y siete en el reinado de Carlos V por la union de los países de Utrech, de Over-Issel, y de Gueldres, formaban en 1549 el condado de Borgoña que poco tiempo despues pasó á Felipe II, cuando ya habian admitido las doctrinas de los luteranos, de los anabaptistas, y de los calvinistas. Al retirarse de ellas Felipe, confió el gobierno á su hermana Margarita de Parma, princesa tan habil como moderada y como adicta á la fé católica; mas el rey de España, contrastando la general oposicion, habia establecido un tribunal semejante al del Santo Oficio diciendo que preferia no reinar á reinar sobre hereges. Colocó á la cabeza del consejo de la princesa Margarita al cardenal Granvela, iniciado en los secretos de la sombría y severa política de su amo; y habia dejado un ejército español para reprimir las sublevaciones, quebrantando con ello los privilegios de los Países Bajos, cuya constitucion respetó Carlos V. Alarmáronse al ver los ataques que sufrían á un tiempo su libertad política y su libertad religiosa, y colmaron el descontento la creacion de nuevos obispados, conferidos á nuevos españoles y dotados con los bienes de las antiguas abadías, y la publicacion de los decretos del concilio de Trento, cuya puntual observancia recomendaba Felipe. No habiendo podido lograr las reclamaciones de los señores mas que la deposicion de Granvela, se mancomunaron por el *compromiso de Breda*, formado por el influjo de Guillermo,

príncipe de Orange, y de los condes de Egmont y de Horn, quienes hicieron de nuevo presentes sus quejas á la gobernadora, cuyas prudentes y suaves medidas se estrellaron contra la obstinacion de Felipe. Desestimadas con arrogancia por la corte de España todas las peticiones, los nobles tuvieron á honra el titulo de *pordioseros* que por desprecio les daban los españoles; y recorrieron las ciudades y las campiñas ostentando una hortera y una alforja al hombro, y escitando al pueblo á la revuelta. En el Brabante y en Flandes fueron saqueados y derribados los monumentos del culto católico por el populacho, y en tres dias quedaron reducidos á escombros cuatrocientas iglesias. Entonces fué enviado á Flandes para reprimir tan violenta insurreccion, el severo Don Alvaro de Toledo, duque de Alba, tan célebre por su talento como por sus rigores. Al aproximarse este general, muchos flamencos cargados con su industria y sus riquezas, se trasladaron á los países limitrofes. Margarita hizo dimision y al momento se cubrieron de cadalsos las provincias. Las cabezas de los condes de Egmont y de Horn cayeron con las de muchas víctimas, perseguidas y condenadas por el famoso *tribunal de los disturbios* llamado por los Brabanzones *tribunal de sangre*: cuarenta mil personas perdieron su fortuna ó la vida, y el príncipe de Orange se libró de la muerte abandonando su país y sus bienes. Al propio tiempo el desgraciado Don Carlos, hijo de Felipe y objeto hacia ya mucho tiempo de la animadversacion de su padre, fué condenado á muerte por haberse manifestado favorable á la causa de los Países-Bajos, y pereció en un calabozo.

El príncipe de Orange escitó á sus compatriotas á la venganza; y aunque su hermano Luis de Nassau logró ventajas sobre los españoles en Groninga, fué vencido luego en Jemminghen á pesar del socorro de los *pordioseros marinos* y de los *pordioseros de los bosques*, y tuvo que refugiarse en Alemania. No obstante Granvela tenia razon en decir á Felipe que todo estaba por hacer, pues no se habia logrado coger al *Taciturno*, que así se apellidaba al príncipe de Orange. Este hombre de carácter frio, ambicioso y astuto, que abandonó por política el luteranismo por el catolicismo, y el catolicismo por el calvinismo, proseguia con infatigable perseverancia la ejecucion de sus planes. Mientras que Felipe II luchaba en Es-

pañía contra los moros de las Alpujarras, últimos enemigos del cristianismo en la Península, Guillermo sublevó los Países Bajos contra la tiranía del duque de Alba, que osó levantar en el centro de Amberes un monumento en el cual colocó su estatua hollando á unos esclavos. En la ciudad de Briel que cae en poder de un cuerpo de doscientos cincuenta insurgentes, se echan los cimientos de la república de las Provincias Unidas. Las cuatro de Holanda, Zelandia, Frisia y Utrech se declaran á favor de Guillermo y le confieren el título de *estatuder*; y muy pronto la deposición del duque de Alba, cuyo talento y ambición inquietan á Felipe, libra al príncipe de Orange de su más temible adversario. Bajo el suave pero débil gobierno de Requesens, la defensa de los habitantes de Leyden, que rompiendo los diques del Issel y del Mosa inundan toda su provincia para salvar la capital, muestra la energía que encierra en sí la naciente república. La pacificación de Gante acababa de proporcionar á Guillermo el concurso de las provincias meridionales, cuando amenazó destruir su obra la llegada de D. Juan de Austria, ilustre por la brillante victoria que ganó en Lepanto contra los infieles, y entonces diez provincias del mediodía se separaron del príncipe de Orange para entregarse al archiduque Matías.

La prematura muerte del héroe de Lepanto salvó á Guillermo, quien al siguiente año reunió por el tratado de Utrecht las siete provincias en un solo cuerpo del cual fué jefe. Otras muchas ciudades en las demás provincias accedieron á la confederación, y de este modo se constituyó la república de las Provincias Unidas, que adoptó solemnemente el culto de Calvino.

Entre tanto una nueva corona indemnizaba de esta pérdida á Felipe. El reino de Portugal enriquecido pacíficamente durante un siglo por las empresas marítimas que acometió en los reinados de Juan II, de Manuel el Afortunado y de Juan III, vio interrumpida de repente su prosperidad por los caballerescos proyectos y la temeraria audacia de D. Sebastian, quien embebido en la idea de volver á principiar las cruzadas contra los infieles, buscó la muerte en una batalla contra el rey de Marruecos. Al fallecimiento del anciano cardenal D. Enrique, quedó vacante el trono, al cual se presentaron á la vez muchos pretendientes. Dejando Felipe II

que sus competidores sometiesen la validez de sus derechos á la discusión de las facultades de teología y de las universidades, sostuvo los suyos con las armas, y envió á Portugal al duque de Alba. Este general expulsó al prior Antonio de Crato, quien fué á implorar socorros á Inglaterra y á Francia, mientras Felipe se hacia proclamar en Portugal y reconocer en el Brasil, en las colonias de Africa y en las Indias. Jamás nación alguna había reunido dominio comparable al de España, que de Oriente á Occidente abarcaba el universo entero. Isabel no se atrevió á empeñar la guerra á favor del prior de Crato, en momentos en que los ejércitos de Felipe triunfaban en los Países Bajos, y preparaban al parecer la sumisión de las provincias sublevadas. La impericia del archiduque Matías y del duque de Alenzon, elegidos sucesivamente por una parte de los Estados, y más que todo el asesinato del príncipe Guillermo de Orange, prepararon la victoria á Farnesio, duque de Parma, que había reemplazado á D. Juan en el mando de las tropas españolas.

Mauricio elegido por muerte de su padre, no pudo impedir la derrota que sufrieron los ejércitos de la república, ni la pérdida de Amberes, de cuya ciudad se apoderó Farnesio echando un dique á la rápida corriente del Escalda, como hizo en otro tiempo Alejandro con las olas del mar delante de Tiro. Desfavorida la confederación de las provincias del Norte, ofreció la soberanía á la Francia que no quiso aceptarla, y después á Isabel de Inglaterra, que aprovechó esta ocasión para empeñar la lucha contra el enemigo de su fé y su pujanza, Felipe de España. Envio á los Países Bajos á su favorito Leicester mientras que el almirante Drake tomaba á su cargo molestar las colonias de la España, é interrumpir su comercio en los mares de Oriente y Occidente. Al mismo tiempo Felipe dirigía contra Inglaterra el armamento más formidable que jamás ha surcado los mares. Ciento cincuenta navíos de inaudita magnitud, montados por la flor de la nobleza española y por el gran poeta Lope de Vega, que había de cantar la victoria, se prepararon á cinglar hácia el Támesis, para apoderarse de Londres y empezar la conquista de la Inglaterra: mas la armada distinguida con el título de *invencible* fué destruida por el furor de las tempestades: «Yo la había enviado á pelear contra los Ingleses y no

á luchar contra el Océano; hágase la voluntad de Dios!» dijo Felipe al recibir la noticia de este desastre; y el inmutable monarca envió otra espedicion, continuó con actividad la guerra contra las Provincias Unidas, y proporcionó socorro á la Liga contra el partido de los hugonotes, sostenidos en Francia por los ausilios de Isabel.

Contando Felipe con su cercano triunfo, hablaba ya de su buena ciudad de París; mas la gran pericia de Farnesio obligado á dividir tiempo y fuerzas entre los Países Bajos y la Francia, á luchar á la vez contra dos enemigos tan temibles como Enrique IV y Mauricio, no pudo impedir el triunfo definitivo del uno ni del otro. La muerte del duque de Parma fué la señal de decadencia para la España, que todavía persistió durante algunos años en agotar sus soldados y tesoros en una causa perdida para siempre. Cuando la paz de Vervins privó á las Provincias Unidas de la alianza de la Francia, ya estaban en situacion de sostenerse por sí solas, de suerte que en 1609, fué preciso concederles la tregua de doce años, que las desprendió irrevocablemente de Europa.

Felipe II habia muerto en el mismo año en que se firmó el tratado de Vervins, dejando á la España, que tan pujante recibiera, exhausta de hombres y de dinero, y abocada á su decadencia. Los españoles echaron á menos un rey cuya arrogancia, imponente gravedad é inalterable firmeza cautivaban su admiracion. «Felipe concibió pensamientos elevados y proyectos vastos y nobles; llevólo todo al extremo, religion, poder y ambicion: su celo rayó en fanatismo, su autoridad en tiranía, y su deseo de engrandecimiento en furor. Sus enemigos le han apellidado *demonio del mediodia*, y es preciso confesar, que por falta de moderacion en sus ideas, fué en su época el genio del mal habiendo podido ser el héroe.» Tal dice, con sobra de apasionamiento un escritor francés.

IV.

La reforma luterana en Alemania y en los estados del Norte, favorecida y propagada por los príncipes, dió por resultado general el someter la Iglesia al soberano, y poner el dominio espiritual bajo la dependencia del poder político. En Francia y en Suiza la refor-

ma calvinista hija del pueblo como en Escocia, dirigióse al parecer contra el trono; y el objeto que se propusieron sus mas exaltados partidarios fué sustituir el *reinado de los santos* al de los reyes de la tierra.

En la época en que aparecia en Alemania, la reforma principiaba á sembrar la division entre los suizos, á armar unos contra otros á los valientes montañeses, cuya espada apenas se habia teñido mas que con la sangre de los extranjeros. Zwinglio cura de Glaris, empezó hácia el año 1516 á predicar una doctrina bastante análoga á la de Lutero, y el clero de Zurich fué el primero que, seducido por la aparente sencillez que introducía en la religion á espensas de los dogmas constantemente admitidos por la Iglesia, adoptó sus reformas publicando un edicto en que se abolía la misa y la mayor parte de las ceremonias religiosas, el culto de las imágenes y el celibato de los sacerdotes. No obstante la nueva doctrina halló grande oposicion. Lutero, que no queria sufrir otro gefe que él á la cabeza de los enemigos de la Iglesia, atacó con su acostumbrada acrimonia las peligrosas y sacrílegas doctrinas de este rival, á quien llamaba réprobo y servidor del diablo. En Suiza las discusiones de los reformistas con los defensores de la Iglesia exasperaban los ánimos: los cantones de Zurich, de Berna, de Schafhouse y de Basilea habian abrazado los principios de Zwinglio, y querian hacer desaparecer violentamente todos los signos del catolicismo, mientras los católicos por su parte, atribuyendo á la heregía los males de su patria, la rechazaban con la fuerza y formaban una liga para la defensa de la fé. Los cantones protestantes se unieron luego, y tras una efimera tregua estalló el rompimiento. Zwinglio que capitaneaba en persona á sus partidarios, fué hallado entre los muertos en el combate de Capel y si bien poco despues se restableció la paz, no pudo destruir las semillas de odio y de discordia arrojadas en todos los cantones por la division religiosa.

Hallábase la Suiza dispuesta á recibir de Francia la reforma calvinista que iba á introducirse por Ginebra en donde el famoso émulo de Lutero beneficiando en provecho propio las consecuencias que su doctrina producía en Europa, habia de imprimirle un carácter extraño y del todo original. Ginebra acababa de emanciparse, con el ausilio de los suizos, del dominio de los duques de